

ESTRATEGIA Y RECURSOS CORINTIOS EN LA GUERRA DEL PELOPONESO

César Fornis Vaquero

Universidad Complutense

La estructura y organización de la sociedad corintia en el momento de la Guerra del Peloponeso fueron objeto de estudio en otro lugar¹, por lo que ahora pretendo completar el panorama sociopolítico del estado corintio en dicho período abordando los recursos con que éste afrontaba un conflicto a cuyas causas había contribuido de una forma determinante y al mismo tiempo encardinando adecuadamente tanto los planes corintios para la guerra dentro de la estrategia peloponésica en su conjunto, teóricamente diseñada por Esparta como cabeza de la Liga, como el papel que Corinto ocupaba en el proyecto militar ateniense de carácter ofensivo.

Siempre ha existido una dicotomía al pensar que la Guerra del Peloponeso fue dirimida entre un poder terrestre y otro marítimo,

¹ C. Fornis, "La sociedad corintia en la Guerra del Peloponeso", *Gerión* (en prensa).

"entre un elefante y una ballena", por utilizar un conocido e ilustrativo símil, y que ambos seguían una clara estrategia en este sentido: Atenas, de acuerdo a la línea de hegemonía marítima adoptada desde Salamina que hacía partícipes de los beneficios del imperio a toda la población ciudadana, seguiría el consejo de su Primer Ciudadano de encerrarse en sus muros, asegurada la supervivencia gracias al suministro por mar, para evitar el enfrentamiento hoplítico con los espartanos y sus aliados, mientras utiliza su flota para realizar incursiones en territorio enemigo sin pretender teóricamente nuevas conquistas; por su parte Esparta, sociedad opuesta que seguía prestigiando el combate hoplítico como el más digno y representativo de los valores que simboliza, se limitaría a las invasiones anuales del Ática que significaban la devastación sistemática de las cosechas hasta provocar la rendición ateniense, algo que, según Tucídides nos dice por dos veces (5, 14, 3; 7, 28, 3), los griegos pensaban ocurriría en a lo sumo tres años. Pero la realidad resulta más compleja. Así por ejemplo, en su reciente estudio Spence ha otorgado la importancia que hasta ahora no había recibido al uso de la caballería y los fuertes fronterizos en la estrategia contra las invasiones², en la idea de que al menos atenuaba el sentido defensivo de la misma y animaba la moral del cuerpo cívico, en especial de los hoplitas y caballeros, clases sociales privilegiadas que sufrían la teórica marginación ante los *thetes* a la hora de defender la *polis*. También suponía un triunfo, no sólo material sino también ideológico, el devolver los golpes a la Liga Peloponésica en forma de incursiones de rapiña que, además de destruir, suministraban botín y esclavos, objetivos de toda actividad bélica en su más obvio sentido predatorio³.

² Spence, "Perikles and the Defence of Attika during the Peloponnesian War", *JHS* 110, 1990, 91-109.

³ Demostrativas a este respecto resultan las obras de Y. Garlan, *War in the Ancient World* (trad. ingl. Londres 1975); Id., *Guerre et économie en Grèce ancienne*, Paris 1989; Id., "El militar", en J.-P. Vernant et alii, *El hombre griego*, trad. esp. Madrid 1993, 67-99; V. D. Hanson, *Warfare and Agriculture in Classical Greece*, Pisa 1983; Id. (ed.), *Hoplites: the Classical Greek Battle*

Sería muy extenso y fuera de las miras del presente artículo analizar la estrategia militar ateniense *in toto* durante la Guerra Arquidámica⁴, por lo que me ceñiré sólo a los dos puntos que tienen una incidencia directa sobre Corinto: el bloqueo naval del Golfo Corintio y la reiterada intervención de Atenas en el noroeste del continente, dañando los intereses corintios en esa zona de su natural influencia. Fuera de esto y a diferencia de Mégara, el otro estado ístmico, Corinto sólo sufrió un ataque directo a su territorio, el

Experience, Londres-Nueva York 1991; R. Lonis, *Les usages de la guerre entre grecs et barbares des guerres médiques au milieu du IV s. avant J.-C.*, París 1969; P. Ducrey, *Le traitement des prisonniers de guerre dans la Grèce antique*, París 1968, esp. 229-270; Id., "L'armée, facteur de profits", en *Armées et fiscalité dans le monde antique, Colloques Nationaux du C.N.R.S.*, París 1977, 421-32; J. Rich y G. Shipley (eds.), *War and Society in the Greek World*, Londres-Nueva York 1993; E. Ciccolti, *La guerra e la pace nel mondo antico*, Roma 1901.

⁴ Sobre la estrategia ateniense en su conjunto y en especial de Pericles durante la Guerra Arquidámica, se puede consultar, A. J. Holladay, "Athenian Strategy in the Archidamian War", *Historia* 27, 3, 1978, 399-427; F. E. Adcock, "The Archidamian War", *CAH* V, Cambridge 1927, 193-196; D. Kagan, *The Archidamian War*, Ítaca-Londres 1974, 24-27; D. M. Lewis, "The Archidamian War", *CAH* V, Cambridge 1992², 380-388; B. W. Henderson, *The Great War between Athens and Sparta*, Londres 1927, 87-92; G. Cawkwell, "Thucydides' Judgment of Periclean Strategy", *YCIS* 24, 1975, 53-70; G. E. M. de Ste. Croix, *The Origins of the Peloponnesian War*, Londres 1972, 208-210; H. Delbruck, *Die Strategie des Perikles*, Berlín 1890, *passim*; H. Bengtson, *Storia greca* I (trad. it.), Bolonia 1985, 374 con n. 7; G. de Sanctis, *Storia dei greci* II, Florencia 1963⁷, 268; G. Glotz, *Histoire grecque* II, París 1986⁵, 623-4; N. G. L. Hammond, *A History of Greece to 322 B.C.*, Oxford 1959, 347-8; É. Will, *Le monde grec et l'orient I. Le V^e siècle (510-403)*, París 1972, 318; J. B. Wilson, *Athens and Corcyra. Strategy and Tactics in the Peloponnesian War*, Bristol 1987, 136-138; P. A. Cartledge, *Sparta and Lakonia. A Regional History 1300-362 B. C.*, Londres-Boston-Henley 1979, 235-236; C. A. Powell, *Athens and Sparta. Constructing Greek Political and Social History from 478 B. C.*, Londres 1988, 149-154; especial atención a las expediciones navales en H. D. Westlake, "Seaborne Raids in Periclean Strategy", *Essays on the Greek Historians and Greek History*, Manchester 1969, 84-100 y V. J. Rosivach, "Manning the Athenian Fleet, 433-426 B. C.", *AJAH* 10, 1, 1985, 41-66.

llevado a cabo por Nicias en 425 con su desembarco en Soligia⁵.

En lo que respecta al bloqueo ateniense, resulta muy difícil poder calibrar si realmente fue completo y cuál fue su eficacia sobre los estados del Istmo, pero sí es evidente que en el relato de Tucídides la posesión de Naupacto se vislumbra como un punto clave para su correcta ejecución⁶. La península peloponésica era imposible de bloquear debido a la gran cantidad de puertos naturales que posee y a las limitaciones de las trirremes para dejar la costa y adentrarse en mar abierto⁷. Por ello Atenas centró sus esfuerzos en el Golfo Sarónico y sobre todo en el Golfo Corintio; el primero podía ser controlado desde las bases atenienses en Salamina y Egina, aparte de que el tráfico mercantil que accedía a este Golfo procedente del Egeo, Helesponto y Asia Menor era considerablemente inferior por ser zonas situadas bajo hegemonía ateniense. El bloqueo del Golfo Corintio, en el mar Jónico, pudo realizarse desde el invierno del 430/29 y se prolongaría hasta el 411 (D. S. 13, 48, 6), gracias a los mesenios huidos del dominio espartano sobre su tierra, que habían sido instalados en Naupacto poco después de finalizada la revuelta de Ítome⁸. Naupacto se encuentra en la boca del Golfo, donde se produce un estrangulamiento del mismo que permite cierto control con escasos medios, ya que nunca fueron superiores a veinte las

⁵ Th. 4, 42-44. Sin embargo, K. L. Roberts, *Corinth following the Peloponnesian War: Success and Stability*, diss. Northwestern University 1983, 44 concluye que "el territorio de Corinto y sus colonias llegó a ser escenario de duros combates", lo que es cierto para sus *ktiseis*, pero no para la metrópoli.

⁶ 2, 69, 1. J. B. Wilson, *Athens and Corcyra*, 127, 135 duda de que Atenas pretendiese ejercer un bloqueo serio, lo que sería únicamente obra de Formión, mientras los *strategoí* atenienses sólo tendrían órdenes de "echar un vistazo periódicamente"; esta hipótesis, al margen de quedar en mera conjetura, se aparta totalmente de la idea que nos transmite el historiador ático.

⁷ H. D. Westlake, "Seaborne Raids in Periclean...", 88 y 95; D. Kagan, *The Archidamian War...*, 29; J. G. O'Neill, *Ancient Corinth*, Baltimore 1930, 229.

⁸ Th. 1, 103, 3. Para asentar a los mesenios, los atenienses aprovecharon una *stasis* que estalló entre los naupactios y los diferentes pueblos locros con quienes convivían en un ambiente pleno de tensiones; véase D. Asheri, "Il 'rincalzo misto' a Naupatto", *PP* 22, 1967, 343-358. Sobre la fecha, R. A. McNeal, "Historical Methods and Thucydides I, 103, 1", *Historia* 19, 1970, 306-325.

naves estacionadas en dicho puerto⁹. Tucídides (7, 17, 2-4; 19, 3-5) nos informa del modo en que los corintios burlaban el bloqueo ateniense, algo que sin duda se repetiría en diversas ocasiones¹⁰, con mayor razón si consideramos que, además, las naves podían deslizarse por los estrechos aprovechando la oscuridad de la noche.

A pesar de sus posibles fallos, no podemos infravalorar la incidencia del bloqueo sobre el nivel de importaciones y exportaciones corintias y megarenses, en este último caso agravadas por la doble invasión anual ateniense de la Megáride¹¹. Edmund Bloedow, basándose en datos sobre la fertilidad y productividad del suelo corintio en comparación con su numerosa población, ha argüido que Corinto requería tanto o más suministro de grano que Atenas, grano que llegaba principalmente desde el Oeste, y en esta misma línea John Salmon estima que la Corintia necesitaba importar la mitad del grano que consumía¹². Tales hipótesis pueden tener un punto de

⁹ A pesar de tener casi un siglo, la obra de W. J. Woodhouse, *Aetolia. Its Geography, Topography, and Antiquities*, Oxford 1897, sigue suministrando una excelente descripción de esta región: véase en particular págs. 309-322 para Naupacto y 323-331 para sus alrededores (Antirrío y Molicrio), también puntos estratégicos en la vertiente norte del Golfo Corintio.

¹⁰ Cnemo ya lo hizo en 2, 80, 4; en 8, 13 las naves peloponésicas son interceptadas, pero la mayoría escapa. Polyæn. 5, 13, 1 también parece aludir a una eficaz protección corintia de barcos cargados de maíz frente a los atenienses.

¹¹ Th. 4, 66, 1. Me parece un tanto exagerada la afirmación de J. B. Salmon, *Wealthy Corinth. A History of the City to 338 B. C.*, Oxford 1984, 177 de que "las oportunidades que la guerra misma provee pueden haber sido una compensación suficiente a los efectos causados por el bloqueo sobre el comercio". T. T. Wick, "Megara, Athens, and the West in the Archidamian War: a Study in Thucydides", *Historia* 28, 1, 1979, 3-5 reivindica el importante papel de Mégara como objetivo ateniense en el bloqueo, a pesar del deliberado silencio tucidideo, mientras P. A. Brunt, "The Megarian Decree", *AJPh* 72, 1951, 276 reconoce el enorme daño que el bloqueo y las invasiones debieron de causar en el estado megarense; *contra*, B. R. MacDonald, "The Megarian Decree", *Historia* 32, 4, 1983, 396-397, que minimiza los efectos del bloqueo hasta la toma de Nisea en 424 por los atenienses.

¹² J. B. Salmon, *Wealthy Corinth...*, 129-131; E. F. Bloedow, "Corn Supply and Athenian Imperialism", *AC* 44, 1975, 27-28, cuyo argumento va encaminado a demostrar que el imperialismo ateniense no tiene su génesis en el intento de

apoyo en la historia recordada por Teopompo sobre el corintio Arquelao, que tras los presentes ofrecidos a Hierón de Siracusa, recibió del tirano una nave cargada de trigo, además de otros muchos regalos (*FGH* 115 F 193 = *Ath.* 6, 232 b). Sin negar que esta anécdota reproduzca la institución aristocrática de la *xenia*, en la cual el mecanismo del don-contradón funcionaba como símbolo del vínculo establecido¹³, la inclusión del grano como apreciado ofrecimiento demuestra tanto la perentoria necesidad corintia de importar grano como el principal lugar de procedencia del mismo, Sicilia. Esta misma conclusión se extrae del discurso *Contra Leócrates* 26, del orador ático del siglo IV Licurgo, donde se acusa a ese meteco de utilizar fondos atenienses para financiar un cargamento de grano epirota a Léucade y, de allí, a Corinto, confirmando que el NO, área que la clase gobernante corintia controlaba a través de sus colonias y aliados, era una fuente de aprovisionamiento no sólo de grano, sino también de madera y metales¹⁴. La imperiosa necesidad de importar grano se hace también evidente en *SEG IX 2* (= *GHI II* n° 196), donde se recoge que en c. 330 Corinto recibió de Cirene cincuenta mil medimnos de grano, cantidad sólo igualada por Argos y únicamente superada por Atenas.

Pero, además, Corinto siempre había sido un estado orientado

asegurar el aprovisionamiento de trigo pónico; sin embargo, no comparto su opinión acerca de que Corinto no desarrolló un imperialismo naval, que yo creo se manifestó de forma evidente en el NO continental. Aparte de la propia consumición de grano para la ciudad, Corinto también funcionaba como centro redistribuidor al Peloponeso, no sólo de cereales, sino también de otros productos (*vid.* C. Fornis, "La sociedad corintia..."). Por otro lado, el que Corinto sea uno de los estados griegos más representados en los tesorillos egipcios, junto a Atenas y a Egina, indica que se nutría de grano africano durante las épocas arcaica y clásica; *cf.* C. Roebuck, "The Grain Trade between Greece and Egypt", *CPh* 45, 1950, 237 (= *Economy and Society in the Early Greek World*, Chicago 1984, 31).

¹³ Para todo lo concerniente a la *xenia*, puede verse el excelente libro de G. Herman, *Ritualised Friendship and the Greek City*, Cambridge 1987.

¹⁴ Véase C. Fornis, "La polis como metrópoli: Tucídides y el imperio colonial corintio", en *Imágenes de la polis. Actas I Reunión Científica de Historiadores del Mundo Griego Antiguo (23-25 de noviembre de 1994)*, en prensa.

hacia el comercio marítimo y, aunque ya no tenía la primacía que ostentó durante buena parte del arcaísmo, todavía relegaba un gran volumen de su economía en la exportación de bronce, terracotas, cerámica, perfumes, tejidos y otras manufacturas, así como en el cobro de tasas por el uso de los puertos y del *diolkos*, que sin duda debieron de verse afectadas por la guerra en general y el bloqueo en particular¹⁵. Charles K. Williams II, que ha llevado el peso de las excavaciones en Corinto en los últimos veinticinco años, ha detectado arqueológicamente el hundimiento en la década del 420 del "Edificio del Ánfora Púnica", que funcionaba como mercado al por mayor de pescado y vino, a lo que parece unirse una insuficiencia de plata para

¹⁵ Para P. A. Brunt, "The Megarian Decree...", 272 y J. G. O'Neill, *Ancient Corinth...*, 230 bien el bloqueo no cortó todo el aprovisionamiento al Istmo, bien Mégara y Corinto no dependían completamente de las importaciones, debido a su continua animosidad y rechazo de la Paz de Nicias; cf. también J. B. Salmon, *Wealthy Corinth...*, 177, para quien el efecto pudo ser más grande sobre los recursos del estado que sobre los ciudadanos individualmente, mientras V. Alonso Troncoso, *Neutralidad y neutralismo en la Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.)*, Madrid 1987, 171-172, 215-216 y H. Bengtson, *Storia Greca I*, 377 piensan que el bloqueo tuvo que afectar duramente a los estados istmicos. Por su parte K. L. Roberts, *Corinth following the Peloponnesian War...*, 44 enfatiza el desempleo que pudo causar en Corinto el descenso en el comercio. D. Kagan, *The Archidamian War...*, 30 y M. L. Z. Munn, *Corinthian Trade with the West in the Classical Period*, diss. Bryn Mawr College 1983, 20-22, 27-28 restan efectividad en la aplicación del bloqueo, pero reconocen que los estados costeros con mayor implicación comercial serían los más dañados. B. R. MacDonald, "The Import of Attic Pottery to Corinth and the Question of Trade during the Peloponnesian War", *JHS* 102, 1982, 118-122 toma como única base la continuada presencia de cerámica ática en Corinto en este período para defender, desde el punto de vista arqueológico, que Atenas pretendió realizar un bloqueo militar, no comercial, donde la cerámica u otros productos no vitales no se verían afectados, al tiempo que ignora las fuentes escritas, en especial las comedias aristofánicas y el panfleto del *Viejo Oligarca* (las afirmaciones de Tucídides sólo las minusvalora). Por último, K. Arafat, K. Morgan, "Pots and Potters in Athens and Corinth: a Review", *OJA* 8, 3, 1989, 340 niegan los efectos del bloqueo sobre las importaciones y el comercio corintio, si bien los datos que aportan en su argumentación corresponden más bien a la Primera Guerra del Peloponeso, donde no existió, al menos pretendidamente, un bloqueo tan duro.

la acuñación monetaria¹⁶. El bloqueo, unido a la intervención ateniense en el NO, restringió el acceso de Corinto a sus colonias, debilitando su conexión política y dificultando también el aprovisionamiento de madera, esencial para el mantenimiento de su flota y que había posibilitado su ambicioso programa de construcción naval previo al enfrentamiento con Corcira¹⁷. Corinto debía de importar igualmente mármol, marfil y metales, pues la Corintia carecía de todos estos materiales, imprescindibles para la construcción, acuñación y las artes y manufacturas en que tanto destacaba¹⁸. Este plan de bloqueo forma parte del intento de Atenas de aprovechar su dominio de los mares para tratar de acaparar los centros productores de materias primas, si bien esta presión se dejaba sentir con mayor fuerza en el Egeo, Asia Menor y NE continental¹⁹. Otro aspecto que probablemente trajo como consecuencia el bloqueo

¹⁶ C. K. Williams II, "Corinth 1977, Forum Southwest", *Hesperia* 47, 1, 1978, 15-20. Para la escasez de plata, véase C. M. Kraay, *The Composition of Greek Silver Coins*, Oxford 1962, 16-20, 33-34; M. L. Z. Munn, *Corinthian Trade with the West...*, 131 y J. B. Salmon, *Wealthy Corinth...*, 172.

¹⁷ El NO era rico en bosques de madera resistente para fines navales (cf. M. L. Z. Munn, *Corinthian Trade with the West...*, 5-6 y R. P. Legon, *Megara. The Political History of a Greek City-State to 336 B. C.*, Itaca-Londres 1981, 219). R. Meiggs, *Trees and Timber in the Ancient Mediterranean World*, Oxford 1984, 130, 493 cree que las costa de Acaya y el norte de Arcadia sustituyeron al noroeste continental como fuentes madereras para Corinto. El anónimo autor de la *Athenaion Politeia* 2, 11-12; cf. 2, 3) refleja de forma clara la presión que Atenas ejercía sobre los materiales de construcción naval y, en general, sobre todo tipo de exportaciones e importaciones que utilizaran la vía marítima. Así lo testimonia también el tratado establecido con Perdicas (*IG I² 71*), sea datado en 436 ó 423, por el que Atenas se reservaba el derecho de veto sobre la exportación de madera del rey macedonio e incluso regulaba la cantidad suministrada a sus propios aliados, de modo que controlaba el crecimiento de estas flotas y al mismo tiempo sus posibilidades de revuelta.

¹⁸ C. Fornis, "La polis...".

¹⁹ L. Gernet, "L'approvisionnement d'Athènes en blé au V^e et VI^e siècles", *Mélanges d'Histoire Ancienne* 25, Paris 1909, 273-385; R. J. Hopper, *Trade and Industry in Classical Greece*, Londres 1979, 78-79; M. I. Finley, "El imperio ateniense. Un balance", *La Grecia antigua. Economía y sociedad*, trad. esp. Barcelona 1984, 78-79.

fue el aumento del transporte por tierra al Peloponeso con los graves inconvenientes que conlleva, dada la difícil orografía de la Grecia continental²⁰. Pero mucho más importantes podían ser las consecuencias sociopolíticas en el Peloponeso. La carencia de productos vitales para la subsistencia en estados necesitados de importaciones, muchos de las cuales llegaban a la península a través de los puertos ístmicos²¹, podía provocar hambrunas que propiciarán el estallido de tensiones e incluso revueltas sociales, al afectar en mayor medida a las capas bajas, que tal vez podían culminar en derrocamientos de la clase gobernante, movimientos de acercamiento a Atenas o en el aumento de las críticas en el seno de la Liga Peloponésica²². Por último, Atenas tenía en Naupacto una base con barcos disponibles en cualquier momento para reforzar o acompañar expediciones a Acarnania o Etolia, no demasiado lejos, además, de la base naval peloponésica de Cilene, en Élide, así como para efectuar incursiones en la costa oeste del Peloponeso, sin necesidad de realizar el largo viaje desde Atenas que rodea la península a través del peligroso Cabo Malea. La preocupación corintia se plasmó ya durante la Primera Guerra del Peloponeso en la construcción de un muro poligonal, una especie de Acrópolis fortificada, en Agios Nikolaos, promontorio situado en Perácora, una península al norte de la Corintia que era vital para la observación de Naupacto y la entrada al Golfo Corintio y que en manos enemigas podía suponer un peligro

²⁰ P. A. Brunt, "Spartan Policy and Strategy in the Archidamian War", *Phoenix* 19, 1965, 271.

²¹ En época romana tenemos testimonios que hablan de Corinto como centro redistribuidor de bienes y servicios al Peloponeso, función que vendría desarrollando desde el período de independencia; véase D. Engels, *Roman Corinth. An Alternative Model for the Classical City*, Chicago-Londres 1990, 48-50 y 173-78; C. K. Williams II, "Roman Corinth as a commercial center", en T. T. Gregori (ed.), *The Corinthians in the Roman Period*, Ann Arbor 1993, 31-46; con un carácter más general J. Wiseman, "Corinth and Rome, I: 228 B. C. to A. D. 267", *ANRW* II, 7.1, 1979, 438-548.

²² Estos posibles efectos internos en el Peloponeso han sido tan sólo esbozados por D. Kagan, *The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition*, Ítaca-Londres 1981, 30, seguido por M. L. Z. Munn, *Corinthian Trade with the West...* 22.

para el puerto de Lequeo y las comunicaciones a través del Istmo²³.

En definitiva, podemos concluir que Naupacto era un lugar estratégico de primer orden tanto para apoyo logístico como para labores de bloqueo naval y justifica los reiterados, aunque infructuosos, intentos peloponésicos por neutralizar dicha base²⁴. En el aspecto económico es indudable el daño provocado por este bloqueo a los estados del Istmo, si bien no llegó a llevar hambre o verdadera penuria al Peloponeso, como hubiera podido suceder de haber dedicado Atenas un mayor esfuerzo. Tal vez este aumento de la implicación ateniense tengamos que verlo en conexión con el envío de la primera expedición a Sicilia en 427, que según Tucídides tenía entre sus objetivos el de cortar el aprovisionamiento de grano desde esta isla hacia el Peloponeso y en la toma de Minoa como punto de intercepción del comercio megarense, que completaba la acción de un puesto ya establecido, pero más lejano, situado en Búdor²⁵.

En cuanto a los planes peloponésicos para la guerra, desde luego no eran tan simples como puede parecer por lo arriba expuesto. Así, por ejemplo, el mar Egeo era el ámbito natural de dominio ateniense, pero el Jónico distaba mucho de ser controlado por la *arche* ática y prueba de ello serán los reiterados envíos de flotas peloponésicas al NO con una total impunidad hasta el 425. Desde hace dos décadas aproximadamente existe una línea de investigación que ha destacado la presencia de una "estrategia aventurera" en la

²³ H. Payne *et alii*, *Perachora: the Sanctuaries of Hera Akraia and Limenia* I, Oxford 1940, 23-24. Estas obras de fortificación fueron completadas durante la Guerra del Peloponeso o durante la Guerra Corintia, tal vez en relación con alguna amenaza particular para Corinto.

²⁴ Para J. S. Morrison y R. T. Williams, *Greek Oared Ships, 900-322 B. C.*, Cambridge 1968, 229 la presencia ateniense en Naupacto fue un factor decisivo en la impotencia naval demostrada por Corinto. A. J. Holladay, "Athenian Strategy...", 411 ve también en Naupacto la clave del control del Golfo Corintio.

²⁵ Primera expedición a Sicilia, 3, 86; Minoa, 3, 51, 1; Búdor, 2, 93, 4. Cf. J. B. Salmon, *Wealthy Corinth...*, 177.

política exterior espartana, al lado de la "estrategia convencional"²⁶. La primera sería defendida por los espartiatas que preconizaban una acción ofensiva más audaz contra Atenas, que incluyera el desafío en el mar como medio para obligarla a ceder, conscientes de que una victoria naval sería el final de la guerra. Las invasiones tradicionales podían ser consideradas suficientes por otra corriente de opinión más inclinada a repetir la situación del 446, cuando la simple amenaza de invasión por parte del rey Plistoanacte bastó para que Atenas firmara la Paz de los Treinta Años²⁷. Sin embargo, las condiciones no eran las mismas que en aquel entonces, puesto que Atenas unía a sus problemas en Beocia y Mégara la revuelta de la isla de Eubea. Ya Tucídides puso en boca del experimentado rey Arquidamo que sería una guerra difícil de ganar y tan larga que la heredarían sus hijos (1, 81, 6).

No quisiera caer en el error común de etiquetar cada una de estas tendencias e identificar a los partidarios de una estrategia

²⁶ Th. Kelly, "Thucydides and Spartan Strategy in the Archidamian War", *AHR* 87, 1982, 25-54, que redonda en los argumentos ya presentados en "Peloponnesian Naval Strength and Sparta's Plans for Waging War against Athens in 431 B. C.", en M. A. Powell, R. H. Sack (eds.), *Studies in Honor of Tom B. Jones. Alter Orient und Altes Testament* 203, Neukirchen-Vluy 1979, 245-255, es el principal defensor de la ofensiva naval peloponésica, destacando el plan de construcción naval espartano en 431 (pág. 31) y las posibilidades que tenían de ganar Corcira y Lesbos para su causa, así como la utilización de Egina como base naval cercana al Pireo (pág. 33). G. Cawkwell, "Thucydides' Judgment of Periclean Strategy", 54-55 reconoce esta dualidad de estrategias, si bien la "aventurera" sólo se llevaría a cabo seriamente a partir del 425, supongo que pensando en las campañas de Brasidas y sus hilotas liberados en Tracia; en la misma línea, para P. A. Cartledge, *Sparta and Lakonia*, 234 la estrategia naval espartana fue secundaria y para C. A. Powell, *Athens and Sparta...*, 148 Esparta sólo se movió ofensivamente por mar cuando se presentaba una oportunidad propiciada por una derrota o una rebelión.

²⁷ M. Finley, "Sparta", en J.- P. Vemant (ed.), *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, París 1968, 151 ya señaló que el principal conflicto de poder en la política espartana no residía en la oposición reyes-éforos, como se reiteraba *ad nauseam*, sino entre aquellos hombres dinámicos, ambiciosos y enérgicos y aquellos que no lo eran.

arriesgada con los belicistas o radicales -los *hawkishs* de la historiografía anglosajona- y a los seguidores de la estrategia tradicional con una facción pacifista o conservadora, ya que no siempre es así y por desgracia nuestro conocimiento de la escena política espartana es tan lacunario que no nos permite adscribir filiaciones políticas con cierta seguridad²⁸. También quisiera dejar clara mi negativa a utilizar el término "partido" para los grupos políticos que se desenvuelven en el seno de la *polis*, según lo encontramos habitualmente, de cuyo peligro nos advierten las oportunas puntualizaciones expuestas por diversos estudiosos²⁹. A menudo y con ligereza se atribuyen negociaciones de paz a "partidos pacifistas" y declaraciones o vientos de guerra a "partidos belicistas", sin profundizar en la raíz de la cuestión o sin contemplar nuevas vías de estudio más allá de la propia política interna. No obstante, es innegable una diversidad de opiniones en el gobierno espartano, como reconocía Brunt en su clásico estudio de la política y estrategia laconia en este período³⁰, que se pone de manifiesto en la obra de

²⁸ El hecho de que alguien forme parte de una embajada que ofrezca diálogo difícilmente puede servir de prueba de su militancia en una facción pacifista, como bien destaca E. Barhhen, "Le parti de la paix à Sparte à la veille de la Guerre du Peloponnèse", *AncSoc* 8, 1977, 22-23 (caso de Ranfias, Melesipo y Agesandro en Th. 1, 139, 3, a los que se asocia muchas veces con el también "pacifista" Arquidamo); de igual manera el estratega que despliega osados planes de batalla no tiene por qué ser un belicista puro en pos de lograr gloria en el combate, como tradicionalmente es etiquetado el estratega ateniense Demóstenes.

²⁹ W. R. Connor, *The New Politicians of Fifth Century Athens*, Princeton 1971, 5-9, dejando, además, bien claro que los grupos políticos se articulan en virtud de lazos de amistad y clientela *hoi peri/hoi amphi...*, según precisa la terminología griega al uso (pág. 68); A. J. Holladay, "Athenian Strategy in the Archidamian War...", 420-3; J. de Romilly, (rec. K. D. Stergiopoulos), *REG* 69, 1956, 459 y *REG* 73, 1960, 263; O. Aurenche, *Les groupes d'Alcibiade, de Léogoras et de Teucros. Remarques sur la vie politique athénienne en 415 av. J.-C.*, Paris 1974, 8-9; M. Wheeler, "Aristotle's Analysis of the Nature of Political Struggle", *AJPh* 72, 1951, 147.

³⁰ P. A. Brunt, "Spartan Policy...", 279-280; D. M. Lewis, "The Archidamian War", 391 considera endémicas las tensiones dentro de la clase política lacedemonia. Me gustaría citar textualmente el comentario que É. Will hace de la

Tucídides desde el principio, con los discursos enfrentados de Arquidamo y Estenelaidas; el propio rey, al margen de su más que discutible pacifismo, plantea retrasar la guerra en aras de una estrategia más imaginativa y una preparación humana y financiera mayor contra los atenienses³¹. Dejando de lado cuál de las dos líneas de estrategia predominó sobre la otra³², lo importante es el hecho de

inestabilidades de la política exterior espartiatá en "Au sujet des origines de la Guerre du Péloponnèse", *RPh* 49, 1975, 94 a propósito del capítulo correspondiente del libro homónimo de de Ste. Croix: "y a-t-il encore quelqu'un qui n'en soit convaincu, qui ne perçoit les tensions internes qu'implique et exprime cette instabilité, qui croit au caractère monolithique de l'Etat spartiate?"

³¹ 1, 80-85. Cf. U. Bultrighini, "Il 'pacifismo' di Archidamo: Tucídide e i suoi interpreti", *RCCM* 33, 1, 1991, 5-28; I. Moxon, "Thucydides and the Archidamian War", *RSA* 8, 1978, 7-26 tal vez va demasiado lejos al vincular la línea dura de actuación, cuyo máximo representante sería Brasidas, con la figura del rey Arquidamo, incluso varios años después de la muerte de éste -Brasidas sería una especie de ahijado político del rey-, sin presentar argumentos sólidos. Cf. D. Kagan, *Archidamian War...*, 21.

³² P. A. Brunt, "Megarian Decree....", 266-267 concluye que las invasiones fueron el arma más efectiva de los peloponesios y tal vez fueron infravaloradas por Tucídides en comparación al daño causado desde Decelia a partir de 413: D. M. Lewis, "The Archidamian War", 389 y É. Will, *Monde grec...*, I, París 1972, 339 piensan, por el contrario, que el efecto de las invasiones se vio muy limitado hasta el 413; Th. Kelly, "Thucydides and Spartan Strategy...", 53 destaca que al menos siete veces fue enviada la flota peloponésica hasta el 425, mientras sólo hubo cuatro invasiones completas del Ática en ese tiempo. R. Meiggs, *Trees and Timber...*, 129 descarta que hubiera un deliberado intento de encontrar a los atenienses en el mar hasta que la mayor parte de la flota de éstos fue destruida en Siracusa, aunque reconoce que las naves peloponésicas podían prestar ayuda a aliados atenienses en revuelta, así como realizar labores de escolta a fuerzas expedicionarias; similares opiniones mantienen W. G. Forrest, *A History of Sparta*, Londres 1980², 111, para quien los esfuerzos navales peloponésicos fueron aislados dentro del "simple plan de atacar por tierra y animar la defección" y P. A. Cartledge, *Sparta and Lakonia...*, 234, que estima la estrategia naval secundaria, conscientes de su inferioridad ante Atenas; no obstante, éste último (pág. 238) considera la fundación de Heraclea Traquinia -con una función de base naval, emplazada además en la ruta de acceso a los aliados tracios de Atenas- un reconocimiento por parte de Esparta de que la guerra no podría ser ganada exclusivamente mediante invasiones del Ática.

que Esparta intentara vencer a Atenas en su terreno y fomentara la sedición entre sus aliados, mientras se proclamaba "liberadora de todos los griegos"³³, si bien sus intentos fueron infructuosos hasta su temporal abandono tras el desastre de Pilos y su posterior reanudación durante la llamada Guerra Jónica, ya con el oro persa para el mantenimiento de la flota.

La invasión anual del Ática por parte del ejército peloponésico reunía a dos tercios de las fuerzas de cada estado, por lo que hemos de suponer que Corinto contribuía a cada campaña en la misma proporción³⁴. Es difícil hacer una estimación del censo hoplítico corintio durante la Guerra del Peloponeso debido a la falta de datos, pero podemos recurrir a algunos estudios que han intentado una aproximación para todo el período clásico. Tomando como base las cifras aportadas por Tucídides y Jenofonte, Beloch estimó en tres mil los hoplitas listos para servicio entre los veinte y cincuenta años de edad, para un total de unos cinco mil seiscientos ciudadanos y metecos que servían como hoplitas³⁵. Más completo me parece el análisis de Sakellariou y Faraklas, que parten del estudio de Beloch pero elevan la cifra de hoplitas entre veinte y cincuenta años a 3.700-4.000, para rebajar sin embargo el censo total de hoplitas y metecos

³³ Aunque no entra a la raíz del problema, el artículo de Luisa Prandi, "La liberazione della Grecia nella propaganda spartana durante la guerra del Peloponneso", en M. Sordi (ed.), *I canali della propaganda nel mondo antico*, CISA 4, Milán 1976, 72-83 repasa la evolución, sinceridad y efectividad de este eslogan lacedemonio en los pasajes correspondientes de Tucídides y Jenofonte. Nótese su posterior utilización, con los mismos fines pero distinta dirección, por Atenas en 377, pues la Segunda Confederación Délica nacerá con la pretensión de que "los lacedemonios dejen a los griegos vivir en paz, libres y autónomos..." (*GHI* II, nº 123).

³⁴ Th. 2, 10, 1-2. El tercio restante se destinaba a la defensa de la ciudad y su *chora*.

³⁵ K. J. Beloch, *Griechische Geschichte*, Strasburgo-Leipzig 1912-1927², III: 1, 275-276 y III: 2, 442-443. También a principios de siglo E. Cavaignac, "La population du Péloponnèse aux V^e et IV^e siècles", *Klio* 12, 1912, 274 calculaba el catálogo hoplítico corintio en unos cinco mil hoplitas.

a 5.000-5.500³⁶. Salmon también sitúa en tres mil el reclutamiento normal de hoplitas y en torno a cinco mil el catálogo completo, incluyendo los más jóvenes y ancianos³⁷. Por tanto, podemos inferir con verosimilitud que el contingente corintio para servir en la leva anual peloponésica consistiría en unos dos mil hoplitas, cifra refrendada por los pasajes en nuestras fuentes que nos informan de las aportaciones corintias en hoplitas realizadas en diferentes momentos entre mediados del siglo V y mediados del IV: tres mil enviados a Epidamno en 435 (Th. 1, 29, 1), mil seiscientos a Potidea en 432 (Th. 1, 60, 1), mil quinientos a Acarnania en 431 (Th. 2, 33, 1), doscientos doce caídos en Soligia en 425 (Th. 4, 44, 4) -lo que significa una fuerza de unos dos mil hoplitas si pensamos que el vencido en batalla hoplítica perdía aproximadamente un 14 % de sus tropas-, dos mil setecientos sirviendo bajo Brasidas en la defensa de Mégara en 424 (Th. 4, 70, 1), dos mil en Delio en 424 (Th. 4, 100, 1), dos mil en Mantinea en 418 (5, 57, 2), tres mil en Nemea en 394 (X. HG. 4, 2, 17) y, por último, dos mil que sirvieron bajo Timoleón en Sicilia en 344 (Plu. *Timol.* 16, 3)³⁸. Los números resultan, pues, bastante uniformes para todo el período clásico y sólo hay un descenso pronunciado entre los cinco mil enviados a Platea en 480 (Hdt. 9, 28, 3) y los tres mil que combatieron en Leucimne en 435

³⁶ M. Sakellariou y N. Faraklas, *Corinthia-Cleonaea*, Atenas 1971, 83-86, que utilizan también el modelo que para Atenas aplicara A. W. Gomme, *The Population of Athens in the Fifth and Fourth Centuries B. C.*, Oxford 1933, 26 para el estado corintio con el fin de obtener una cifra de entre 46.000 y 51.000 ciudadanos libres y una población total, incluidos esclavos, de entre 66.000 y 73.000 habitantes [Beloch (*vid. n. anterior*) la había elevado a los cien mil habitantes para toda la Corintia]. E. Cavaignac, "Population du Peloponnèse..." , 274, a partir de los cinco mil hoplitas corintios que participaron en Platea, estimó una población libre en torno a los cuarenta mil habitantes, cifra que habría que elevar si contamos con al menos parte de la tripulación de sus cuarenta naves; así también É. Will, *Korinthiaka. Recherches sur l'histoire et la civilisation de Corinthe des origines aux guerre médiques*, Paris 1955, 15 n. 3.

³⁷ J. B. Salmon, *Wealthy Corinth...*, 165-167.

³⁸ Véase el útil apéndice de la tesis doctoral de Donald Kagan, *Politics and Policy in Corinth, 421-336 B. C.*, diss. Ohio State University 1958, 135-137.

(Th. 1, 29, 1), probablemente como consecuencia de las bajas experimentadas durante la Primera Guerra del Peloponeso³⁹.

A pesar de que el contingente hoplítico corintio era notable dentro de la Liga Peloponésica, si bien lejos de las tropas que podían reclutar lacedemonios y beocios, su mayor aportación se sitúa en el terreno naval, donde es el primer estado en número y calidad de barcos⁴⁰. La derrota de Leucimne en 435 frente a Corcira, donde Corinto perdió quince de sus treinta naves para un total de setenta y cinco reunidas⁴¹, empujó a los corintios a desarrollar un ambicioso programa de construcción naval que les permitió en dos años presentar ante los corcirenses en Sibota una flota de ciento cincuenta naves, noventa de ellas propias⁴². Aunque carecemos de pruebas en qué basarnos, un esfuerzo así, sólo comparable al realizado por

³⁹ J. Wiseman, *The Land of the Ancient Corinthians*, Goteburgo 1978, 10-12; G. T. Griffith, "The Union of Argos and Corinth (392-386 B. C.)", *Historia* 1, 1950, 240-241; D. Kagan, "The Economic Origins of the Corinthian War", *PP* 16, 1961, 335-337; de G. E. M. Ste. Croix, *The Origins of the Peloponnesian War...*, 334-335. La cifra de Heródoto es rechazada por Beloch, *Die Bevölkerung der griechisch-römischen Welt*, Leipzig 1886, 119. J. B. Salmon, *Wealthy Corinth...*, 166 niega este supuesto descenso en el catálogo hoplítico y explica la diferencia entre la leva corintia en Platea y las ulteriores ocasiones porque en la primera se incluía a los más jóvenes y a los más ancianos, con lo que la ciudad habría quedado sin defensa humana, mientras que nunca después Corinto hizo un esfuerzo bélico semejante.

⁴⁰ La única estimación numérica procede de J. B. Salmon, *Wealthy Corinth...*, 306, que calcula que las aportaciones de Corinto y sus colonias Léucade y Ambracia significarían aproximadamente la mitad de la flota peloponésica; para la evaluación y significación de ésta en los albores del conflicto, véase C. Fornis, "A propósito de la flota peloponésica en 431 a. C.", *VI Coloquio de Estudiantes de Filología Clásica de la UNED, centro "Lorenzo Luzuriaga": los mares de griegos y romanos (Valdepeñas, Julio 1994)*, Valdepeñas 1995, 285-920.

⁴¹ Cf. Th. 1, 27, 2 y 29, 5, donde Mégara, Cefalonia, Ambracia, Léucade, Élide, Hermíone, Epidauro y Trecén aportan naves a la flota corintia.

⁴² Th. 1, 46, 1; cf. Th. Kelly, "Peloponnesian Naval...", 246-247 y Id., "Thucydides and Spartan Strategy...", 32 con n. 22, junto a R. P. Legon, "The Megarian Decree and the Balance of Greek Naval Power", *CPh* 68, 1973, 161-171 para un pormenorizado análisis de cómo se llevó a cabo la construcción y los lugares de suministro.

Atenas bajo la ley naval de Temístocles, tuvo que implicar necesariamente un aumento del gravamen a los propietarios de tierras corintios, obligados a costear la construcción y dotación de las naves, es decir, en un mecanismo de redistribución económica semejante, si no igual, a las liturgias atenienses⁴³. Como bien ha señalado Thomas Kelly y puesto que se perdieron sólo treinta en Sibota, debían de quedar ciento veinte listas para el servicio en 431, de las cuales posiblemente unas setenta fueran corintias⁴⁴, sin contar con que Mégara podía disponer de al menos cuarenta naves que fueron utilizadas en el fallido ataque sobre El Pireo, a las que habría que sumar los contingentes de Sición, Pelene, Epidauro, Trecén, Hermíone e incluso las de la propia Esparta, cuyo número Tucídides no especifica⁴⁵. Aunque en toda la Guerra Arquidámica la flota peloponésica no sumó más de cien naves en acción, hubo de contar con un mínimo de ciento cincuenta disponibles⁴⁶. Sin duda el problema principal de la Liga conducida por Esparta residía en la carencia del dinero necesario para alquilar remeros, además de no

⁴³ Para un reciente tratamiento de este tipo de cargas financieras y psicológicas sobre la elite social, véase Th. Figueira, "A Typology of Social Conflict in Greek Poleis", en A. Molho, K. Raaflaub, J. Emlen (eds.), *City-States in Classical Antiquity and Medieval Italy*, Stuttgart 1991, 294-295.

⁴⁴ J. B. Salmon, *Wealthy Corinth...*, 167 ha estimado en cuarenta la media corintia de *triereis* en servicio, pero su cálculo, aunque basado en las participaciones en las naumaquias de la guerra, no tiene en cuenta las reservas, además de partir de la errónea lectura de Th. 1, 46, 1, donde él toma las noventa como la cifra total de naves corintias y aliadas en Sibota en lugar de las ciento cincuenta, noventa propiamente corintias.

⁴⁵ No obstante, no comparto el argumento de Th. Kelly, "Peloponnesian Naval...", 254-255 según el cual Atenas reservó el fondo de mil talentos y cien naves, contemplando la pena de muerte para aquellos que lo emplearan para otros propósitos (Th. 2, 24), porque esperaba ser atacada desde el mar; este psefisma es resultado de un *demos* consciente de que los cimientos del poder de Atenas, en especial el ofensivo, residían en su flota y había que protegerla, sin que ello necesariamente signifique un temor a verse superada en un ámbito, el naval, en el que aparece como indiscutible dominadora. Cf. Th 1, 54, 2; 2, 93, 2.

⁴⁶ Th. 2, 66, 1. Inexplicablemente, J. B. Wilson, *Athens and Corcira...*, 110 duplica esta cifra de ciento cincuenta naves para el total de la flota peloponésica.

poder emplear a los que vivían en el ámbito de influencia del imperio ateniense, dada la escasa pericia de los peloponesios de fuera del Istmo, campesinos en su mayor parte⁴⁷.

El funcionamiento de las setenta naves corintias precisaría de aproximadamente catorce mil tripulantes, tomando la usual media de doscientos por *trieres*, pero esto hemos de verlo como un *maximum* que sólo tuvo lugar antes de que la conflagración diera comienzo y, por tanto, Corinto pudo haber alquilado remeros del Egeo para esta ocasión puntual. La solicitud de mercenarios para formar en las tripulaciones quizá fuera, sin embargo, una práctica habitual, pues el servicio en las naves gozaba de una menor consideración social con respecto al que se llevaba a cabo en la falange hoplítica⁴⁸, lo que lo convertía en menos deseable para la clase propietaria, reacia incluso al servicio como *epibatai*, marinos con equipamiento hoplítico. Si el mercenariado no tuvo entrada en el ejército hoplítico, esencialmente ciudadano, hasta el final de la Guerra del Peloponeso, su participación en la flota sí debió de hacerse imprescindible desde el inicio del conflicto, aunque la suposición de Salmon de que se pagó por servir en la flota no tiene otro fundamento que la práctica ateniense hacia los *thetes*⁴⁹. Por otra parte, la oligarquía corintia no contemplaría con buenos ojos que en la armada se diera entrada a parte importante del *demos* subhoplítico, en la idea de que constituía un caldo de cultivo para las ideas democráticas⁵⁰. La economía estatal corintia se mantenía próspera y hacía posible estos pagos al mercenariado para ocupar tan elevado número de puestos en los remos, algo que difícilmente podría haber cumplimentado la ciudadanía corintia, siquiera al completo⁵¹. *Lo que ocurre es que*

⁴⁷ P. A. Brunt, "Spartan Policy...", 259; D. Kagan, *Archidamian War*, 21 y J. B. Salmon, *Wealthy Corinth...*, 306.

⁴⁸ Y. Garlan, *War in the Ancient World...*, 129-133.

⁴⁹ J. B. Salmon, *Wealthy Corinth...*, 177.

⁵⁰ Ps. X. *Ath.* 1, 1-2; Arist. *Pol.* 1304 a 8. Véase también G. B. Grundy, *Thucydides and the History of his Age II*, Oxford 1948², 259.

⁵¹ Véase J. S. Morrison y J. F. Coates, *The Athenian Trireme*, Cambridge 1986, 62. Únicamente conocemos la paga que recibían los remeros de la flota ateniense: una dracma -de la que sólo tres óbolos se cobraban enseguida, mientras

tales pagos eran circunstanciales, en momentos de necesidad como Sibota (Th. 1, 31, 1; 35, 1), pero a medida que la guerra se prolonga, equipar naves se hace más costoso y los esfuerzos se dejan sentir en el tamaño cada vez menor de la flota corintia en particular y peloponésica en general, hasta que en la Guerra Jónica se cuenta con el oro persa⁵². No podemos, sin embargo, descartar el empleo de esclavos en los remos, que venía siendo habitual en estados "marineros" como Corcira o Quíos⁵³. Un ejemplo lo tenemos en Th. 2, 103, 1, donde Formión regresa a Atenas con los prisioneros de condición libre capturados en las naumaquias del Golfo Corintio, lo que parece implicar que previamente había vendido a los esclavos apresados⁵⁴. Además, la aplicación del trabajo esclavo a fines militares se encauzó más a menudo hacia el servicio en mar que al de tierra, al menos en época clásica⁵⁵.

La experiencia de Sibota, que el propio Tucídides define como una batalla terrestre sobre naves, donde éstas fueron únicamente empleadas en calidad de *hoplitagogs*, "portadoras de hoplitas" (1, 49, 1), verifica la carencia permanente de *nautai* convenientemente entrenados, lo que unido al programa de construcción naval realizado a última hora por los corintios tras dicha derrota, me hace sospechar que la flota corintia tal vez fuera de un carácter eminentemente mercante, con las trirremes necesarias para labores de protección de

los tres restantes lo eran al regreso del viaje-, pero no habría gran diferencia con la práctica realizada en otros estados.

⁵² D. Kagan, *Politics and Policy in Corinth...*, 64-65.

⁵³ Para la flota corcirea Th. 1, 55, 1; para la quiota 8, 15, 2. E. Cavaignac, "The Population du Peloponnèse...", 274 ya admitía la presencia de esclavos en las naves corintias, aunque sin especificar en qué labores. L. Casson, *Ships and Seamanship in the Ancient World*, Princeton 1971, 323 n. 4; J. S. Morrison y R. T. Williams, *Greek Oared Ship...*, 258 y W. Westerman, *The Slave Systems of Greek and Roman Antiquity*, Filadelfia 1955, 16 prefieren pensar que Sibota fue la excepción y no la regla en cuanto al servicio de esclavos en las flotas griegas; sin embargo, no solucionan el problema de quién ocupaba entonces los remos de las mismas, al margen de los consabidos tetes en la ateniense.

⁵⁴ Y. Garlan, *War in the Ancient World...*, 168.

⁵⁵ *Ibid.*, 174.

las costas y del comercio, pero insuficientes en cantidad y calidad para enfrentarse a las aproximadamente trescientas *trierei*s atenienses (2, 13, 8), tripuladas por marineros diestros que empleaban avanzadas técnicas navales, entre ellas el eficaz *diekplous*. Así, el envío de hoplitas corintios a Sicilia se lleva a cabo, al menos por dos veces, en barcos mercantes (Th. 7, 17, 3-4; 18, 4). Corinto no precisaba de mayores recursos y medios, puesto que Corcira permanecía neutral y aislada de los epicentros geopolíticos griegos, pero finalmente acabó por desbancarla y, cuando en Sibota quiso recuperar el terreno perdido, la alianza de los corcirenses con Atenas motivó un incidente internacional.

La voluntad peloponésica de intentar superar, o al menos equipararse, a Atenas en el mar se pone de manifiesto de dos formas en los inicios de la guerra: a través del envío de embajadas a Persia para conseguir el oro del Gran Rey⁵⁶ y mediante la petición de naves a sus "aliados" (*vid. infra*) occidentales para alcanzar un número total de quinientas según Th. 2, 7, 2 (doscientas de acuerdo a D. S. 12, 41, 1)⁵⁷. A pesar de las autorizadas opiniones que rechazan la cifra de naves suministrada por Tucídides o incluso también la más moderada del Sículo⁵⁸, a mi modo de ver ninguna resulta tan

⁵⁶ Th. 1, 82, 1; 2, 7, 1; 2, 67. Cf. Th. Kelly, "Peloponnesian Naval...", 254; Id., "Thucydides and Spartan Strategy...", 33, y P. A. Brunt, "Spartan Policy...", 262, que remarcan el hecho de que Esparta hubiese tenido que reconocer la soberanía del Gran Rey sobre las ciudades de Asia Menor, algo incompatible con su propaganda de liberación de Grecia; aun así, existía cierta coincidencia de intereses entre lacedemonios y medos por reducir o eliminar la presencia ateniense en el Egeo y esto pudo suponer *a priori* una sugerente perspectiva para Esparta en los primeros pasos del conflicto.

⁵⁷ Y no que la petición espartana a los griegos occidentales sea de quinientas o doscientas, como ha sido algunas veces sugerido. El texto de Tucídides no deja lugar a dudas: ὡς ἐς τὸν πάντα ἀριθμὸν πεντακοσίων νεῶν ἔσομένων.

⁵⁸ A. W. Gomme, *A Historical Commentary on Thucydides* (en adelante HCT), Oxford 1945, notas a I, 49, 1 y II, 7, 2; A. J. Holladay, "Athenian Strategy...", 409, y D. Kagan, *Archidamian War...*, 23 rechazan incluso la cifra de doscientas; M. Crawford, D. Whitehead, *Archaic and Classical Greece*, Cambridge 1993, 342-343 con n. 1 y É. Will, *Monde grec...*, I, 317 califican la cifra de quinientas de "absurda" y "puro ensueño", respectivamente; P. A. Brunt, "Spartan Policy...",

disparatada como en un principio podría parecer. La base de la desconfianza o el rechazo hacia nuestras dos fuentes se centra en que una y otra son equiparadas al potencial naval que una Atenas dominadora del Egeo tenía en los orígenes de la guerra, de modo que tanto quinientas como doscientas parecen excesivas estimaciones en relación a las trescientas de que disponían los atenienses. Pero en mi opinión, más que establecer peligrosas comparaciones, es necesario acudir a la historia reciente de Sicilia en general y de Siracusa en particular, previa al desencadenamiento del conflicto.

La colonia corintia había mostrado desde su fundación una tendencia a expandirse por el resto de la isla y a dominar a la población sícula originaria, tendencia que desde el siglo V redunda en una auténtica política imperialista. Así, el tirano Gelón pudo ofrecer a los embajadores griegos que acudieron a él en 481 en busca de ayuda ante los invasores persas doscientas trirremes, veinte mil hoplitas, cuatro mil jinetes, dos mil arqueros y dos mil honderos, cifras que dan fe de la potencialidad militar de Siracusa en estos momentos⁵⁹. En 440/39 los siracusanos, entre otras reformas y

261; G. E. M. de Ste. Croix, *The Origins of the Peloponnesian War...*, 67 n. 12 y G. B. Grundy, *Thucydides and the History...*, II, 364 n. 3 también creen que existe un error, al menos en el número de quinientas; J. B. Wilson, *Athens and Corcyra...*, 110 acepta las doscientas naves como un *minimum*, N. G. L. Hammond, *A History of Greece...*, 311-312 admite trescientas sin contar las de Siracusa, mientras Th. Kelly, "Thucydides and the Spartan Strategy...", 31 desdeña como simbólicas ambas cifras para quedarse con la intención. C. A. Powell, *Athens and Sparta...*, 147 sospecha que Esparta pidió por encima de las posibilidades con la esperanza de conseguir cualquier cosa. De todas formas, Sicilia no colaborará logísticamente en la guerra hasta después de la gran expedición ateniense del 415 y entonces en escasa medida, con sólo veintidós naves.

⁵⁹ Hdt. 7, 158. Las cifras son aceptadas por M. I. Finley, *Ancient Sicily*, Londres 1968, 52; M.-P. Loicq-Berger, *Syracuse. Histoire culturelle d'une cité grecque*, Bruselas 1967, 91 admite que la flota siracusana en tiempos de Gelón pudiera ser equiparable en efectivos a su contemporánea ateniense, unas doscientas setenta *triereis*. Por otro lado, J. S. Morrison y R. T. Williams, *Greek Oared Ships...*, 160-161 reconocen la superioridad de las flotas griegas occidentales en el preámbulo de las Guerras Médicas, cuando todavía estaba por eclosionar el gran

ampliaciones del ejército, aumentan su flota en cien trirremes más⁶⁰. No hemos de olvidar que Atenas demostró un creciente interés por el Oeste durante la Pentecontecia. Si estos números, que se ciñen exclusivamente a Siracusa, son correctos, a poco que las demás colonias dorias, a las que en su conjunto se dirige el llamamiento peloponésico, realicen mínimas aportaciones, más el mínimo de ciento cincuenta estimadas para la flota de la Liga, superaremos de largo las doscientas naves de Diodoro y nos acercaremos o incluso rondaremos las quinientas de que habla Tucídides⁶¹. Hemos de recordar que el historiador ático no se caracteriza precisamente por dar cifras exageradas e incluso renuncia a consignarlas si no existe cierta seguridad sobre la fuente (recuérdese *v. gr.* 3, 113). Por último, necesitaríamos recelar de las informaciones de Heródoto, Tucídides y Diodoro para seguir infravalorando la hipotética aportación siciliota y magnogreca, cuya eficacia habría de quedar patente en 413, en la batalla del puerto siracusano, y hemos de recordar que si adoptamos una postura hipercrítica hacia nuestras fuentes literarias, corremos el peligro de poner en duda todo el panorama histórico que nos han permitido forjar, coherente en su conjunto.

En otro orden de cosas, no se ha prestado apenas atención al resto del pasaje de Tucídides, donde los lacedemonios aconsejan a los estados siciliotas y suritálicos *τά τε ἄλλα ἐσυχάζοντασ καὶ Ἀθηναίουσ δεχομένουσ μίχῃ νηὶ ἕωσ ἂν ταῦτα παρασκευασθῆ* (2, 7, 2). Estas potenciales provisiones nos hablan claramente de que las

programa constructivo de Temístocles para Atenas.

⁶⁰ D. S. 12, 30, 1. Cf. A. J. Domínguez Monedero, *La colonización griega en Sicilia*, BAR International Serie 549 (i), Oxford 1989, 251 y 571, que sitúa este fortalecimiento militar y naval siracusano en el contexto de las relaciones con la población indígena, en progresivo sometimiento ante la expansión territorial de la colonia corintia.

⁶¹ Recientemente F. Raviola, "Fra continuità e cambiamento: Atene, Reggio e Leontini", en L. Braccesi (ed.), *Hesperia, 3. Studi sulla Grecità di Occidente*, Roma 1993, 97 tiene una escueta referencia a este potencial siciliota e italiota, parece que aceptado por el autor, que Esparta conocería perfectamente en el momento de hacer su petición.

poleis y *ethne* de Sicilia y la Magna Grecia estaban dispuestas a asumir un estatuto de neutralidad, al menos en los primeros momentos del conflicto⁶². Asimismo, a lo largo de la narración de Tucídides nada sugiere la existencia de una alianza entre Esparta y las colonias dorias occidentales hasta el 414, según demuestra el análisis de los pasajes correspondientes llevado a cabo por Ian Moxon, lo que impediría incluso la utilización del término *symmachoi* para dichas *ktiseis* durante la Guerra Arquidámica⁶³. El llamamiento peloponésico responde a los lazos de común *syngeneia* y de respaldo moral y no a una obligación emanada de una *symmachia*, de ahí que no exista reproche alguno ante la no implicación itálica en la conflagración hasta el momento de ser atacados⁶⁴. Aquí, como a lo

⁶² La entrada de una sola nave de estados beligerantes es una cláusula habitual entre las medidas restrictivas impuestas por un neutral hacia aquellos inmersos en algún conflicto; cf. Gomme, *HCT* II, 7, 3; R. A. Bauslaugh, *The Concept of Neutrality in Classical Greece*, Berkeley-Los Ángeles-Oxford 1991, 73; V. Alonso Troncoso, *Neutralidad y Neutralismo...*, 98-99; este último sospecha que entre Esparta y las ciudades dorias de Sicilia y Magna Grecia existía algún tipo de acuerdo defensivo en virtud de la *συγγένεια* que no bastaba para motivar su participación en la contienda, dada la controvertida justificación lacedemonia para la misma (pág. 42).

⁶³ I. Moxon, "Sicily and Italy in the Peloponnesian War", *Mnemosyne* 33, 1980, 288-298, preferible a interpretar con V. Alonso Troncoso, "Algunas consideraciones sobre la naturaleza y evolución de la *symmachia* en época clásica (I)", *Anejos de Gerión II. Homenaje a S. Montero Díaz*, Madrid 1989, 178 que existía una *ἐπιμαχία* o alianza estrictamente defensiva entre peloponesios e italo-sicilios que evitó a éstos participar en una "guerra de sometimiento y destrucción", porque su argumentación deja de lado la atribución de la responsabilidad del conflicto y la propaganda lacedemonia de *defensa* de la Hélade ante el *avance* ateniense. G. Maddoli, "II VI e V secolo a. C.", en E. Gabba, G. Vallet (eds.), *La Sicilia Antica* II, 1, Nápoles 1980, 74-5 especula con la posibilidad de que Esparta concretase los tratados con los siracusanos cuando Atenas renovó los suyos con Regio y Leontino, pero no contamos ni con el recuerdo epigráfico de los mismos, como en estos últimos casos, ni con el de Tucídides, por lo que cualquier suposición queda sin base.

⁶⁴ Como acertadamente apunta Th. Kelly, "Peloponnesian Naval...", 253 ni espartanos ni atenienses podían prever en los momentos previos al conflicto que los griegos de Occidente se mantendrían al margen del mismo, cuando Tucídides

largo de toda la historia de Tucídides, las consideraciones étnicas quedan relegadas a un segundo plano, escondidas y supeditadas a las genuinas motivaciones políticas y en el fondo también económicas que rigen los destinos de todo estado⁶⁵. Podemos ver un refrendo a lo que acabo de argumentar en la ya mencionada creencia lacedemonia de que Atenas no aguantaría más de tres invasiones del Ática, por lo que no serían necesarios estos pactos con el Occidente. No obstante, y a esto alude la última frase del pasaje citado, en caso de ser pertinente su concurso, siempre tras legitimar su participación mediante la correspondiente alianza, el tiempo jugaría un papel a favor de las colonias que, si entraban en la guerra de forma precipitada, podrían sufrir las represalias de la armada ateniense, mientras que un adecuado programa de construcción y entrenamiento naval podría conducirles a una superioridad en el mar si se hacía requerible.

Finalmente, tanto la presunción peloponésica de ayuda persa como la de la aportación siciliota y suritálica resultaron erróneas y la lección de Formión en 429 frente a una escuadra cuatro veces superior en número supuso una vuelta a la realidad y el reconocimiento del dominio marítimo ateniense⁶⁶. Semejante fracaso

declara que la mayoría de la opinión pública griega se decantaba por Esparta (2, 8, 4). Cf. también H. D. Westlake, "Athenian Aims in Sicily, 427-424 B. C.", *Historia* 9, 1960, 395-396.

⁶⁵ Véase p. ej. la siempre fundamental tesis complementaria de É. Will, *Doriens et ioniens*, París 1956, *passim*, esp. 66-67 y E. Ciccolti, *La guerra e la pace...*, 150. J. de Romilly ha expuesto recientemente en *La construction de la vérité chez Thucydide*, Alençon 1990, *passim*, esp. 27-41 -retomando lo que ya fue expuesto con excelente magisterio más de cuarenta años atrás en su *Thucydide et l'impérialisme athénien*, París 1947- la organización y jerarquización de los diferentes criterios presentes en el texto tucidideo, casi siempre presididos por las relaciones de fuerza. A. J. Holladay, "Athenian Strategy...", 409 ve también en el parentesco étnico *topoi* de conveniencia a los que se recurre de una forma casi retórica.

⁶⁶ Th. 2, 84-92. R. Sealey, "Die spartanische Navarchie", *Klio* 58, 1976, 355-358 ha sostenido que el cargo de *nauarchos* en Esparta ni tan siquiera era anual durante la Guerra Arquidámica, como base de las diferencias que la separaban del rigor que Atenas ponía en el dominio del ámbito marítimo. Por debajo de estas

no evitó que lacedemonios, corintios y demás aliados prosiguieran con la lucha en el mar, sobre todo cuando después del primer lustro de guerra se hizo evidente que Atenas no sería derrotada únicamente a través de las invasiones del Ática. Así, en 426 la fundación de Heraclea Traquinia significó, además de una estación logística en la ruta terrestre que conectaba con Tracia, una base naval cara a Eubea⁶⁷. A la misma luz hemos de ver el azaroso programa de construcción naval emprendido por Brasidas en la desembocadura del Estrimón, si bien no contó con el respaldo de las instituciones locales espartiatas por temor al creciente prestigio y poder de este singular político y general que acabaría siendo heroizado por la población indígena tracia⁶⁸.

El análisis de los recursos materiales y humanos y de la estrategia corintia para la Guerra del Peloponeso, acordes con la

consideraciones de orden militar subyace la diferenciación básica entre la sociedad ateniense y la espartiatas, cuya organización, partiendo ya del sistema educativo, diferenciación de clases y régimen político eran notoriamente distintos: si en los ciudadanos a los remos de las naves reside la fuerza de la democracia ática, en la disciplina y el ejercicio del *agon* hoplítico de los lacedemonios se plasman las más altas cualidades que ha de ostentar un *homoios*. Un amplio y detallado comentario de las victorias de Formión en las naumaquias del Golfo Corintio puede encontrarse en J. S. Morrison y R. T. Williams, *Greek Oared Ships...*, 315-7, J. S. Morrison y J. F. Coates, *The Athenian Trireme...*, 68-76, D. Roussel, "Remarques sur deux batailles navales: Naupacte (429) et Chios (209)", *REG* 82, 1969, 336-341; D. Kagan, *Archidamian War...*, 108-15; H. D. Westlake, *Individuals in Thucydides*, Cambridge 1968, 44-52; Gomme, *HCT* II, 83-92; W. L. Rodgers, *Greek and Roman Naval Warfare*, Annapolis 1937, 129-136; L. Casson, *The Ancient Mariners. Seafarers and Sea Fighters of the Mediterranean in Ancient Times*, Princeton 1991², 93-94; N. G. L. Hammond, *Epirus: the Geography, the Ancient Remains, the History and the Topography of Epirus and Adjacent Areas*, Oxford 1967, 353-355 con fig. 22 y B. W. Henderson, *The Great War...*, 98-113 a pesar del lenguaje épico y de exaltación de la heroicidad del navarca ateniense que caracterizan la narración de éste último.

⁶⁷ Th. 3, 92-93; cf. P. A. Cartledge, *Sparta and Lakonia...*, 238-239 y A. Andrewes, "Spartan Imperialism?", en P. D. A. Garnsey y C. R. Whittaker (eds.), *Imperialism in the Ancient World*, Cambridge 1978, 95-99.

⁶⁸ Th. 4, 108, 6-7; para la importancia de Anfípolis en el suministro de madera para construcción naval a la metrópoli ateniense, cf. 4, 108, 1; 5, 7, 4.

imagen irradiada por una ciudad de proverbial riqueza, confirman el optimismo que la sociedad ístmica manifestaba ante la Asamblea de la Liga del Peloponeso en el preámbulo del conflicto, cuando los embajadores corintios tratan de movilizar a todos los miembros frente al peligro que el imperialismo ateniense suponía para la supervivencia del Peloponeso (Th. 1, 120-124). En realidad los movimientos diplomáticos corintios respondían a una amenaza mucho más concreta para su estado, la que suponía una presencia continuada de Atenas en el Golfo Corintio desde la Primera Guerra Peloponésica y la injerencia cada vez mayor de la potencia hegemónica en el Oeste y particularmente en el noroeste continental, área vinculada e incluso dependiente de la metrópoli corintia a través del mecanismo colonial⁶⁹. No obstante, a medida que transcurre la guerra, Corinto irá padecerá serios daños en su flota y un considerable desgaste humano producto de las naumaquias y batallas hoplíticas en que participó, circunstancias que, alimentadas por el aprovechamiento personal que Esparta hace de la victoria en 404, contribuirán al distanciamiento entre ambos estados y prepararán el camino de la Guerra Corintia, durante la cual el arrasamiento de territorio corintio llevará la crisis económica y la *stasis* política al seno de esta *polis*, culminando así un proceso iniciado en la Primera Guerra del Peloponeso.

Resumen / Abstract

El análisis de los recursos materiales y humanos y de la estrategia corintia para la Guerra del Peloponeso permiten confirmar el optimismo que, según Tucídides, irradiaba la sociedad corintia en los orígenes del conflicto para hacer frente al imperialismo ateniense en el Oeste. No obstante, a medida que transcurre la guerra, Corinto irá padeciendo un considerable desgaste de estos recursos que

⁶⁹ Para el especial nexo de unión entre Corintio y sus *apoikiai*, que permitía a la ciudad madre el control de la población indígena acarnano-anfiloquia, véase C. Fornis, "La polis como metrópoli...".

preparará el terreno para la aparición de la crisis económica y la *stasis* política durante la Guerra Corintia.

The analysis of the human and financial resources and the Corinthian strategy for the Peloponnesian War allow to confirm the optimism that, according to Thucydides, the Corinthian society irradiated in the origins of the conflict to confront with Athenian imperialism in the West. Nevertheless, as the war turn out, Corinth will be suffering a substantial drain on these resources that will be prepare the way for economical crisis and political *stasis* outbreaked in the Corinthian War.